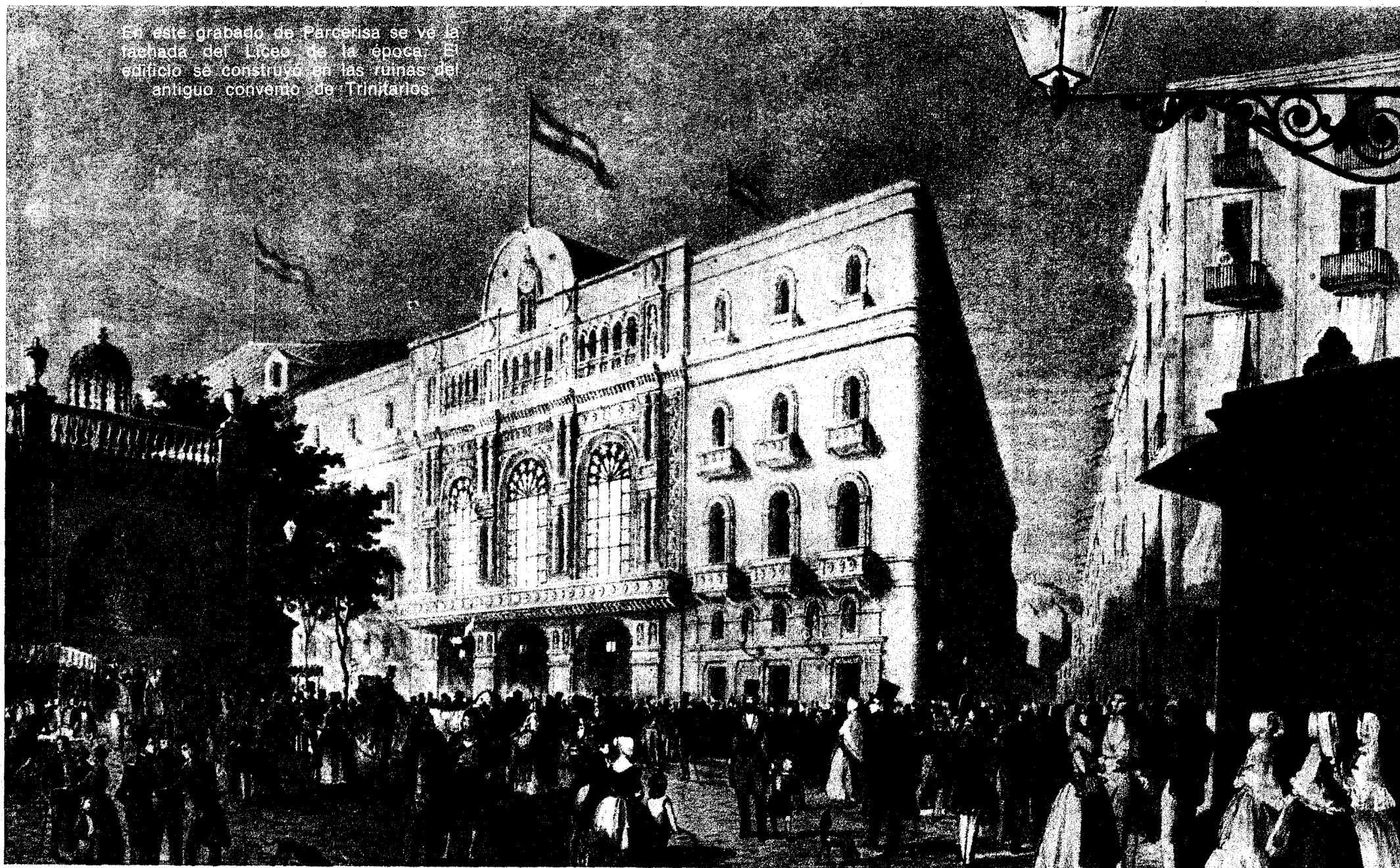


En este grabado de Parcerisa se ve la fachada del Liceo de la época. El edificio se construyó en las ruinas del antiguo convento de Trinitarios.



El Gran Teatro del Liceo: 133 años de representaciones

Breve recuerdo de los puntos más importantes de su historia

El origen del hoy Gran Teatro del Liceo no pudo ser más humilde: un batallón de la Milicia Nacional, para procurarse fondos para uniformar convenientemente a los individuos que lo formaban, organizó algunas funciones dramáticas en un teatro improvisado entre las ruinas del antiguo convento de Montesión, en agosto de 1837. El éxito sorprendió a la propia empresa, y poco después se creó un «Liceo Filo Dramático de Montesión», que acabó convirtiéndose en el «Liceo Filarmónico Dramático Barcelonés», en el que se impartían clases de declamación y canto.

Poco después, Su Majestad la Reina gobernadora, autorizó por decreto a la Sociedad del Liceo para llevar el nombre de su hija Isabel. Así quedó constituida la «Sociedad del Liceo de Isabel II».

EN LAS RUINAS DEL CONVENTO DE TRINITARIOS

En 1842 la junta rectora de la Sociedad, encabezada por Joaquín de Gispert, empezó a pensar en la necesidad de trasladarse a un local más amplio. Por fin, por un real decreto fechado el 9 de abril de 1844 se autorizó la permuta del local de Montesión por el derruido convento de los Trinitarios Descalzos, y posteriormente se logró la cesión definitiva, con la condición de que en dicho lugar se levantara un Liceo con sus correspondientes cátedras y un teatro.

La Junta de la Sociedad empezó a pensar en un plan económico que permitiera la realización y amortización de las obras de construcción: se pensó en poner a la venta perpetua, por suscripción pública, la mitad de las localidades, quedando el resto para la libre venta. Pero el público no respondió como se esperaba y por fin se logró que unos cuantos capitalistas se convirtieran en accionistas de la sociedad. La primera piedra se colocó el 11 de abril de 1845. Las obras quedaron bajo la dirección de José Oriol Mestre. Dos años después, concretamente el 4 de abril de 1847, se inauguró el teatro, que había costado 332.038 duros, y tenía un aforo de 4.000 personas. Se representó en dicha ocasión un drama de Ventura de la Vega, «Don Fernando de Antequera», y pocos días más tarde, el 17 de abril, se cantó la primera ópera: «Ana Bolena».

EL INCENDIO DEL EDIFICIO INICIAL

Catorce años después, casi día por día, la compañía de declamación del «Círculo Barcelonés», que de cuando en cuando hacía «bolos» en el Liceo, se disponía a empezar una representación titulada «Fortuna contra Fortuna». Eran las siete y veinte de la tarde, y la función estaba anunciada para diez minutos más tarde. No había en la sala más de una treintena de espectadores. De pronto, todavía no se sabe cómo, un voraz incendio estalló en el taller de sastrería y se propagó rápidamente al escenario y la sala. No se encontraron las llaves



Este es el único grabado que conserva del aspecto exterior del teatro durante el incendio de 1859. Dicen que el resplandor se dividió desde Tarrasa y Sabadell



de los grandes depósitos de agua que estaban situados encima del escenario. El teatro en sí quedó totalmente destruido, hasta los cimientos. Sin embargo, quedaron intactos los salones del «Círculo», los corredores y los salones de descanso. El resplandor del incendio se veía desde Tarrasa y Sabadell. Sólo hubo que lamentar una desgracia personal: un zapatero, enfermo desde hacía tiempo, que vivía en la calle Unión, sufrió un colapso de la emoción y falleció instantáneamente. El fuego duró tres horas. Las tareas de reconstrucción duraron un año, y costaron la ingente suma, para la época, de cuatro millones de pesetas. La sala se hizo algo más pequeña, con capacidad para unas tres mil personas, y el nuevo y definitivo Liceo se inauguró el 22 de abril de 1862, víspera de la festividad de San Jorge.

EL CRIMEN DE UN ANARQUISTA DE GRACIA

No acaban aquí las vicisitudes de nuestro Gran Teatro. Treinta años después, el día de la inauguración, un 7 de noviembre, el público asistía a la representación de «Guillermo Tell». Al acabar el primer entreacto, desde el quinto piso, una mano criminal lanzó dos esferas de metal cargadas de metralla, que cayeron entre las filas trece y catorce de la platea.

Una de ellas no estalló, pues cayó en la falda de una señora, muerta instantáneamente por los efectos de la otra bomba, y de allí se deslizó suavemente hasta el suelo. Un clamor de terror, de ayes de dolor entre los heridos, pánico, carreras, fueron la reacción inmediata. Los médicos que se encontraban en la sala corrieron a socorrer a los heridos. En seguida llegó el Viático portado por el rector de la parroquia del Pino. Veinte muertos y veintisiete heridos fue el balance trágico del atentado. El Gobierno prohibió a los periódicos que trataran el asunto y rápidamente se empezó la búsqueda del criminal. Según se vio en la vista de la causa, hacía ya varios años que se recibían cartas anónimas y amenazantes, y ese día había en el teatro cuarenta policías, que no pudieron, de todas formas, impedir el atentado. Meses después, en Aragón, se detuvo a un anarquista, que se confesó autor del crimen del Liceo. Era hijo de la villa de Gracia, y se llamaba Santiago Salvador y Franch. Fue ejecutado en noviembre de 1894.

A partir de entonces la historia del Liceo no fue ya una historia de sangre y desgracias, sino de ovaciones y éxitos. Siendo una empresa privada, es el único teatro de España con una temporada de ópera y una temporada de ballet de categoría internacional. El éxito, que duda cabe, se ha debido en gran parte al público barcelonés, que, año tras año, y una vez más ahora, acude al Gran Teatro del Liceo para ovacionar a las más eximias figuras de la ópera y el ballet mundial.

SOLEDAD BALAGUER